

AMOR

Y

DESGRACIA

AMOR Y DESGRACIA. *

I.

LENA de profunda tristeza concluía la tarde: una capa de nubes blancas y cenicientas ocultaba la faz del cielo; no lucían los rayos vivificantes del sol; la luz era azulada, opaca, como la que pasa á través de un velo, y un vientecillo frío y penetrante levantaba por momentos nubes de polvo, que volvían á caer al instante.

Serían las cinco, y la luz penetraba apenas por una estrecha ventana en la estancia donde deben pasar algunas escenas de la historia presente. Es imposible calcular cuánto influye en nuestra imaginación el carácter del tiempo; una tarde fría y triste como la que describo, hace ver todos los objetos con un tinte indefinible de melancolía; en esas horas es imposible tener el corazón expansivo....

Cerca de la ventana, un joven escribía afanosamente sobre una mesa: tenía la frente apoyada sobre la palma

* Esta novela es la que se ha publicado con el título de *Horas de tristeza*, la que dedicó su autor á los socios del Liceo de Hidalgo.

de la mano izquierda, mientras que con la derecha trazaba algunas líneas sobre el papel blanco que tenía delante.

Reinaba un profundo silencio, interrumpido tan solo de vez en cuando por el rechinar de la pluma ó por algun gemido del jóven. La luz que penetraba á través de los opacos cristales de la ventana, apenas alcanzaba á iluminar, como el moribundo resplandor del crepúsculo, la mesa donde el jóven escribía, y sus luengos y castaños cabellos, que se habían desprendido y caían sobre su frente formando un velo que impedía ver sus facciones: todo lo demás de la habitación se perdía entre las sombras, y solo un pequeño espejo colocado en la pared opuesta, retrataba parte de la ventana, que por un efecto de óptica parecía á una distancia muy grande, aumentándose así en apariencia los límites de la habitación.

De pronto el jóven lanzó un gemido mas doloroso que los que ántes habían agitado su pecho, y dejó caer con desaliento la pluma: se levantó con la mano los cabellos y murmuró á media voz:

—¡Es imposible!..... ¡no tendrán compasion de mí!.....

Luego añadió con mas energía:

—¡Quisiera volverme loco!..... ¡quisiera morir!.....

Volvió á reinar un silencio profundo, que parecía zumbiar en los oídos.....

—¡Ya es casi de noche, continuó, y no he podido estudiar un instante! ¿Pero está en mi mano hacerlo cuando todo se conjura contra mí? ¡Dios mío! tú que lees en los corazones, ¿es acaso un crimen el que yo he cometido?..... ¡oh, no!..... ¿Podía ver padecer..... podía ver morir sin remedio ni consuelo á ese pobre ángel, y llevar mi pro-

bidad hasta conservar intacto ese funesto depósito?..... ¡Oh! haberlo hecho así hubiera sido un crimen..... un asesinato, porque los auxilios á tiempo la han salvado.... ¿Pero quién hubiera podido pensar que á tal extremo llegaría la inhumanidad de ese hombre?..... ¿No le he prometido servirlo de rodillas si así lo quiere?..... ¡seré su esclavo!..... ¡le daría mi vida, mi sangre!..... ¿Tiene corazón de piedra, que no le enternece mi situación?..... ¡Una prision!..... esa idea me llena de espanto.....

Su voz espiró entre sollozos; luego continuó tomando de nuevo la pluma.

—Y sin embargo, esta carta es mi última esperanza; si no logro enternecerlo, vendrán por mí..... y sabré que mueren de hambre la pobre anciana que me dió el sér, y esa infeliz muchachá á quien adoro por su misma desventura.....

Entónces se puso á leer las líneas que había trazado; algunas veces sus labios temblaban; otras, se abrían como para hablar y volvían á cerrarse: al fin continuó alzando poco á poco la voz:

«Si ha amado vd. alguna vez, comprenderá lo que he hecho, y me compadecerá..... esa es una pobre jóven ciega, que cuenta apenas diez y siete años de una vida siempre amarga..... Aquella noche de dolor, un ataque de epilepsía la mataba..... serían las once de la noche: mi madre con la pesadumbre se había aturdido..... yo no tenía ni un medio..... ¿quería vd. que dejáramos morir á esa pobre muchacha sin darle ningun alivio?..... ¿Cree vd. que podían contemplarse con avidez aquellas horrosas convulsiones?..... Era imposible; yo tenía el

dinero de vd., y en esos momentos creí que era Dios quien lo ponía en mis manos: no pensé que era un abuso de confianza el que cometía..... no creí que era un crimen..... y aun cuando lo hubiera juzgado así, lo hubiera cometido..... porque mayor crimen creo hubiera sido conservar ese dinero..... y dejar morir á la infeliz..... Pero yo espero que vd. tendrá piedad..... mi idea constante ha sido volverle á vd. el depósito..... A costa de mil esfuerzos, porque parece que la desgracia me persigue, he logrado entrar en la compañía dramática..... Esta noche hago mi primera salida, y cuento con que Dios me ayudará, porque se lo pido con todo mi corazón..... Yo le ofrezco á vd. pagarle con lo primero que gane, pero tenga vd. piedad de mí..... llevar adelante esa orden de prision seria matar á mi madre y á Remedios..... Póngase vd. en mi lugar un momento, ántes de dar la respuesta, y.....»

El jóven estrujó entre sus manos la pluma y levantó el rostro; su frente estaba empapada en sudor y tenía las mejillas lívidas.

—¡No me compadecerán! exclamó lleno de dolor. Cuando uno es feliz, no comprende la desgracia..... El rico cree que los lamentos del pobre que pide un pan para su madre que muere de hambre, son ficción..... El hombre, añadió con amarga desesperacion, el hombre cuando tiene todo lo que necesita, es profundamente egoísta..... ¿Qué le importa á él que mi Remedios se muera?.....

Una risa seca, estridente, ahogada entre un rechinado de dientes, sucedió á estas palabras arrancadas por la desesperacion.

—¡Y sin embargo, volvió á decir, esta es mi última esperanza!

Trató de sonreírse para detener las lágrimas que corrían de sus ojos, y se inclinó á tomar la pluma: añadió algunas líneas á su carta y la cerró con aparente tranquilidad.

La tarde concluía por momentos: el jóven se levantó de la mesa y fué á abrir las hojas de su ventana; sobre las montañas de Occidente, hácia donde se extendía la vista, se percibía una leve claridad pajiza: algunos pájaros atravesaban volando el cielo..... el jóven clavó su mirada en el espacio, y entónces dejó correr su llanto.

II.

LA pieza contigua presentaba un aspecto muy diferente; aunque todavía no era de noche, una vela de sebo ardía en un rincón.

Algo de triste hay siempre en la recámara de un enfermo; parece que se respira una atmósfera pesada que comprime el corazón: nada de particular tenía aquella piececita, y sin embargo, era imposible mirarla sin entristecerse profundamente.

En uno de los rincones se hallaba recostada sobre su cama una mujer joven, con los ojos cerrados; á su lado estaba sentada una anciana que no levantaba la vista de la primera. En el otro ángulo de la pieza se veía una mesa cargada de botellas chicas, cucharas, vasijas; los mil objetos que indican el aposento de un enfermo; al fondo, al través de las rendijas de la ventana, se veía la luz del cielo, y en aquel lugar se dudaba si era el primer albor de la mañana ó la última hora de la tarde: sin embargo, la pesadez de la atmósfera, el silencio, el decaimiento de la enferma, anunciaban que era la noche con sus sombras y sus terrores la que se acercaba.

De pronto un ruido áspero interrumpió el silencio; era un ronquido que se escapó del pecho de la enferma. La anciana, como impulsada por un resorte, movió vivamente á la joven y se precipitó hácia la vela.

Entonces se pudo ver bien á las dos mujeres.

La anciana era alta y parecía consumida, mas por las penas que por la edad; sus mejillas estaban enflaquecidas, su frente surcada de arrugas; muchos cabellos blancos lucían sobre su cabellera negra como el ébano en otro tiempo; pero sus ojos brillaban todavía llenos de ánimo y de vida.

La otra, por el contrario, aunque recostada vestida sobre la cama, veíase que era chica de cuerpo y muy fina, y parecía tener de diez y seis á diez y siete años, aunque estaba extremadamente pálida y extenuada. Sus facciones tenían una dulzura casi angelical y la blancura de la rosa; y sus cabellos color de oro, brillantes como ese metal y finos como la seda, engastaban el óvalo de aquel rostro, que era imposible mirar sin sentirse arrebatado por su belleza apacible y simpática.

La anciana acercó la luz de la vela al rostro de la joven y la habló.

Los labios de la muchacha se entreabrieron, y temblaron sus párpados sin abrirse.....—¡La pobre doncella era ciega!

—Remedios, hija de mi vida, continuó la anciana, con ese acento que solo las madres pueden usar. ¿Remedios, estás mala?

Un gemido fué la respuesta.

En aquel momento se abrió la puerta de la estancia, y

penetró en ella un jóven de alta estatura y presencia arrogante, vestido de negro con graciosa sencillez. Lo primero que hizo cuando entró fué quitarse el sombrero y ponerlo sobre un mueble. Entónces, con un movimiento tan natural como orgulloso, sacudió la frente, sobre la que ondularon sus hermosos cabellos castaños, lacios y lucientes como el plumaje de un pavo.

La anciana se volvió hácia él, y le tomó con efusion una mano.

—¡Doctor, salvad á mi hija!... clamó con voz ahogada.

El jóven médico clavó sus grandes ojos sobre la cuitada anciana, y esta sintió que el consuelo y la esperanza volvian á ensanchar su corazon.

Algo tenia de simpático y majestuoso el rostro de aquel jóven: sobre su frente parecia que se veía brillar el resplandor de la ciencia: en el esmalte de sus ojos, de un apacible azul oscuro, se leía la bondad de su corazon y la tranquila confianza del sabio. Por lo demas, sus facciones no pasaban de comunes, y solo contribuia á hermo-searlas su porte arrogante sin dejar de ser franco.

Un segundo quejido, ronco como el estertor de un moribundo, salido del pecho de la jóven, interrumpió de nuevo el pesado silencio que se habia restablecido.

La madre se volvió con viveza hácia la enferma, y el médico dió con calma algunos pasos hácia ella.

La madre, llena de la confianza que le inspiraba el doctor, como sucede siempre, creyó que aquel estertor era ménos áspero, ménos maligno, como si la presencia sola del médico fuese capaz de conjurar el mal.

Sin embargo, aquel clavó su mirada en el rostro de la

jóven: con la mano izquierda sostenia un poco alta la vela para alumbrarla, y con la derecha examinaba el movimiento del pulso.

¡Qué hermosa era Remedios! En aquel momento, con el leve sudor que brotaba de su frente, con el color pajizo, trasparente, que la enfermedad le daba á su rostro, se la hubiera tomado no por una mujer, sino por la imágen de una vírgen.

Poco á poco la mirada del médico cambió, como cambia de color el último rayo del sol; hubiérase dicho que el corazon de mármol del médico se ablandaba, y lo sustituía el corazon del hombre compasivo: su mirada perdió su firmeza, y de pronto se le arrasaron los ojos de lágrimas: una tinta leve de carmin coloró sus mejillas, y se arrodilló junto á la cama.

En aquel momento, silencioso como la muerte, apareció entre las sombras que proyectaba la débil luz de la vela, el rostro del jóven que un momento ántes escribia; mas entónces no era la tristeza la que velaba su semblante: sus miradas eran sombrías y parecian lucir con un brillo fosfórico: sus labios temblaban y el superior parecia contraído violentamente.

Esta escena tenia lugar en medio de un silencio sepulcral: hubiérase dicho que era el agua mansa que oculta algun peligro; porque instintivamente causaba tristeza y pavor la reunion de aquellos hombres.

El rostro de la enferma habia ido cambiando tambien de una manera visible; habia tomado un color verdoso, violado, y una saliva espumosa corria poco á poco de sus la-

bios contraídos: algunas convulsiones comenzaban á agitar su cuerpo.....

El doctor se enderezó violentamente; extendió los brazos con la angustia del náufrago y se dirigió á la anciana gritando:

—¡Agua hirviendo!.....

La madre, que en aquel momento sentía un dolor y una confusion, tanto mayores cuanto mayor habia sido la confianza por que se habia dejado arrullar, no acertó mas que á pararse y correr hácia el jóven silencioso, gritando á su vez, mas con esa voz bronca y cortada por el terror.....

—¡Francisco, hijo mio!.....¡socorro!.....

El jóven á quien iba dirigido aquel grito se puso tan pálido, que su rostro se hubiera confundido en el color de la pared, á no haber dado un paso hácia la enferma.

El doctor entretanto habia vuelto á caer de rodillas al lado de la cama; con una ansiedad imposible de describir, oprimia entre las suyas las manos de la enferma, miéntras que con su mirada interrogaba su semblante cada vez mas demudado.

De pronto, obedeciendo á un impulso secreto, como si hubiera querido comunicar su vida, su alma á la moribunda, el doctor oprimió contra su corazon y contra sus labios las heladas manos que tenia entre las suyas.

Francisco retrocedió como si hubiera pisado una serpiente.....

—¡No me engañaba! murmuró sordamente, ¡la ama!.... ¡la ama!.....

III.

UO he leído que hay séres que parece que fueron condenados á la desgracia: séres para quienes jamas tuvo una sonrisa la fortuna, y para los cuales tampoco lució alguna vez sereno el cielo.

Y me he preguntado entónces: ¿qué objeto ha tenido Dios en arrojar al mundo esos séres? Yo he visto tantas existencias puras, tantas almas cándidas que jamas conocieron lo que era delito, lo que era una falta, condenadas á esa especie de predestinacion, y una duda mas horrible que la misma desgracia se ha deslizado en mi cerebro.... Vano y orgulloso, he pretendido inquirir los misterios de la creacion; mas no he alcanzado mas que responderme con *Hervey*: «No tratemos de saber por qué el inocente gime, miéntras el delincuente anda vestido con honorífico traje: únicamente el dia de las venganzas, el de la eterna retribucion, puede descubrirnos el secreto del juez y la víctima.....»

En efecto, el secreto de esos séres no es de este mundo; por eso, sin duda, luce sobre sus labios esa sonrisa indefinible; por eso, sin duda, su mirada se pierde en el hori-